



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2012, Ernesto Rodríguez Abad

© 2012, Ester García

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-227-9

Depósito legal: M-42.702-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: febrero de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **Escritos en la corteza**

Ernesto Rodríguez Abad

Ilustraciones de Ester García

loqueleg



## Prólogo

7

Sé que las historias que te quiero narrar resultarán extrañas, poéticas o increíbles. Me las encontré por casualidad, como casi todo lo que llega a ser importante en la vida. Aparecieron de pronto, aunque llevaban mucho tiempo a mi lado.

Yo solía pasar muchas horas sentado bajo un gran árbol que había en el jardín de mi casa. Unas veces, el aburrimiento era el que me llevaba hasta allí. Otras, era una especie de rabia contra el mundo, o las ganas de estar solo. Nunca había visto nada especial.

Un día apareció ante mí un extraño ser que vivía sobre el árbol. Primero creí que era un loco o un misántropo agreste decepcionado de la vida y de la humanidad. Me miró desde su mundo vegetal y sonrió. Era su expresión especial y lúcida. En sus ojos grises, de gato soñador, brillaban las palabras.

Me di cuenta de que yo estaba equivocado. No era un loco.

8 Aunque era humano, desde aquel mágico día, decidí que se trataba de un duende. Venía desde el pasado a contarnos secretos de la tierra, de las aguas o de los árboles. Quizá grababa nuestra historia en la corteza con palabras que solo unos pocos pueden leer. Con la savia oscura que manó de la corteza escribió un relato que viajaba desde el principio del mundo. Contaba que en un tiempo remoto, cuando los hombres conocían el lenguaje de los animales y las plantas, ocurrían extraños y fantásticos hechos. Estos resultaban mucho más emocionantes cuando se narraban bajo el árbol de las palabras.

Los hombres y las mujeres se sentaban bajo el árbol de la vida. Allí narraban cómo era el mundo, cómo se había construido la vida y de qué manera sentían los seres humanos.

En aquellas historias antiguas se hablaba del amor, de la muerte, de la vida...

Así empezó todo, bajo la sombra de un árbol nacieron las palabras, las historias, los relatos. Y la vida fue más fantástica. Se llenó de emociones.

En este libro quiero hacer un homenaje a los árboles. Ellos han servido para agrupar a los humanos. Ellos han guardado en su memoria los relatos antiguos.

En cada hoja custodian un sueño. En cada brote nace una palabra nueva.





## Toborochi. El árbol refugio

Destello del Cielo corría feliz por la ladera. Las vicuñas la miraban con envidia, jamás habían visto tanta belleza. Ella reía. Los flamencos de plumas rosadas sobrevolaban el camino por el que marchaba, codiciando la luz que irradiaba su rostro. Ella agitaba los brazos retando al sol. El aire cansado del altiplano la envolvía para protegerla de los dioses recelosos.

Destello del Cielo era hija de un gran cacique. La bautizaron con aquel nombre porque al nacer la cabaña se iluminó con la luz que la niña irradiaba. Creció feliz en el poblado. Jugaba, cantaba o recolectaba frutos en primavera ajena a las habladoras que la envidia y los celos tejían a su alrededor.

Un atardecer de luces violáceas en el cielo, la muchacha recogía *sankayo*, que es como en lengua aymara llaman a unas frambuesas agrias que crecen en arbustos llenos de espinas. En el centro de

la mata brillaba una fruta radiante, más apetitosa que las otras. Destello del Cielo quiso cogerla. Metió su delicado brazo entre las hojas y espinas. Estaba lejos. Justo en el corazón del arbusto, la pulpa del fruto la embrujaba con sus destellos. Parecía recubierto de sangre. Gritó dolorida cuando una espina atravesó su piel. Permaneció atrapada durante horas: si tiraba, desgarraría la delicada piel de su mano. Una lágrima asomó a sus ojos y resbaló por su mejilla. Ella miró al sol del atardecer, pidió ayuda a los dioses. Nadie acudió a salvarla. Cuando llegaron las primeras sombras de la noche, un colibrí se posó en las ramas del arbusto. En aquel instante se miraron. Ella sonrió y le suplicó que la ayudase.

El colibrí, en un esfuerzo sobrenatural, rompió las ramas con el pico y la liberó. Destello del Cielo se desplomó desmayada, a causa del dolor. Cuando abrió los ojos, estaba en brazos de un hermoso joven. La luna la miraba desde su reino de sueños. La corte de estrellas temblaba a lo lejos. No habló. Él le susurró palabras tiernas. Lo miró como si ya lo hubiese visto antes. Era un dios que, en forma de ave, había bajado a la tierra atraído por su belleza. Una pluma de tor-nales azules brillaba en la mano de la muchacha.



Así comenzó una triste y hermosa historia de amor.

14 Una hija de la tierra no podía vivir con un ser del aire. Su amor estaba prohibido. Se veían entre las hojas de las altas copas de los árboles. En los atardeceres solitarios del altiplano se juraron amor eterno. El tiempo fortaleció su relación. Los enamorados se desposaron una noche, bajo la luna, protegidos por las sombras, con las estrellas como testigos. Fue una ceremonia secreta, pero su dicha era pregonada por el viento, por las nubes y por el sol.

El amor, si es sincero, no puede ocultarse a los ojos de los hombres. Nadie hubiese podido entender que ella amase a un pájaro, aunque fuese la reencarnación de un dios del aire. Pero la gente del poblado sospechaba de Destello del Cielo. Una muchacha que no amaba a nadie, que no danzaba en las fiestas, que no corría con los jóvenes guerreros y que desaparecía en los atardeceres no era una chica normal. Algo extraño había en su comportamiento.

Pasó el tiempo y el amor dio su fruto. Ella sintió en el vientre una nueva vida.

El chamán más poderoso de la tribu estaba enamorado de Destello del Cielo en secreto y su furia fue inmensa cuando se enteró del embarazo. Intentó destruirla. Habló con ásperas palabras, llenas de veneno, al cacique, a los guerreros, a las muchachas y al consejo de chamanes. Ella no tenía derecho a ser feliz. Había traicionado las leyes de la comunidad. Tenía que pagar cara su osadía.

15

La felicidad se cobra vidas. Devasta risas. Mata la luz.

Ella los vio acercarse, vio cómo el chamán la miraba con fuego en los ojos y supo que no tendría ninguna oportunidad. Tocó su vientre. Sintió a su hijo. Parecía decirle que tenía que luchar. Se acercaban. Sentía el odio rozándole la piel. Palabras duras hirieron su corazón. Levantaron las manos airadas. Cargaban piedras en los puños cerrados. Oyó que la llamaban traidora. Las voces que conocía desde la niñez eran irreconocibles porque llegaban teñidas de oscuros deseos. El cielo se cubrió de espesos nubarrones, como si no quisiera presenciar la atrocidad, y una lluvia de piedras oscureció el aire.

Lloró. Sintió las lágrimas, como ríos amargos, bajar por las mejillas. Fue un instante inexplicable. Cuando las piedras iban a alcanzarla, una brisa suave, como formada por incontables aleteos, la arrastró hacia cielo abierto y ella se sintió flotar: volaba sobre una alfombra formada por miles de colibríes.

16

El dios pájaro, su amor, no la dejaría sola. Pero había pagado un alto precio para protegerla: renunció a recobrar la forma humana, jamás volverían a verse; viviría en cada pájaro desde ese día y no volvería a hablar, no volvería a sentir.

La nube de pajarillos aleteó con fuerza hasta los confines de la tierra conocida. Sobre ella, Destello del Cielo lloraba.

El furioso chamán los perseguía. Utilizaba todas las artes y hechicerías para destruirlos. La alfombra de colibríes perdía fuerza. En cada ataque del furioso brujo caían decenas de pajarillos.

La india pensó que moriría, que no sería capaz de salvar a su hijo. Era la herencia del amor con el dios. Solo la mantenían en el aire unos pocos colibríes. Asustada y dolorida, logró llegar hasta un bosque en el que crecían árboles frondosos y tupi-

das enredaderas. Allí estaría a salvo de la furia del perseguidor. Pero es difícil esconderse y escapar del odio. Cuando pensó que todo estaba perdido, un árbol abrió su corteza y le ofreció su corazón como refugio.

Allí nació el hijo del dios y de la india. Vivió con ella dentro del árbol, viendo la vida a través de las hojas, hasta que un día su madre le dijo que debía vivir en el mundo. El árbol abrió la corteza y el mundo recibió al niño, al hijo del aire y de la tierra.

Destello del Cielo sigue dentro del toborochi que le dio refugio. Por eso el árbol tiene un tronco que semeja un cuerpo femenino, lleno de punzantes espinas para alejar a los violentos despechados.

Y cuentan algunos que, en la época en la que las brisas suaves traen recuerdos de cielos lejanos, el árbol florece. Es la india que sale en forma de hermosa flor a saludar a su amado. Y dicen que el aire, en esos momentos, se llena de fragancias embriagadoras. Por esa razón, en algunos lugares lo llaman el palo borracho.